

PETER PAN

JAMES M. BARRIE

PETER PAN

Prólogo de Arturo Pérez-Reverte
Ilustración de cubierta de
Augusto Ferrer-Dalmau



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Peter Pan. The Boy Who Wouldn't Grow Up*

Diseño de la sobrecubierta: 

Primera edición: noviembre de 2024

© del prólogo: Arturo Pérez-Reverte, 2024

© de la ilustración: Augusto Ferrer-Dalmau, 2024

© de la traducción: Joan Riambau, 2001

© de la presente edición: Edhasa, 2024

Coedición especial entre Zenda y Edhasa (Zenda-Edhasa)

Diputación, 262, 2.ª 1.ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

www.zendalibros.com

marketing@zendalibros.com

www.edhasa.es



Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-5578-9

Impreso en Barcelona por CPI Black Print

Depósito legal: B 15545-2024

Impreso en España

Nunca digas Nunca Jamás

ARTURO PÉREZ-REVERTE

Peter Pan, la icónica creación de J. M. Barrie, es una figura central en la literatura y el cine desde su aparición, a principios del siglo xx. La historia de un niño que no quiere crecer, junto con su país de Nunca Jamás y sus entrañables personajes, atrapó, y sigue haciéndolo, la imaginación de sucesivas generaciones. Y dentro de este universo mágico, el capitán Garfio, el malvado por excelencia —cualquier novelista narrador envidiaría un personaje como ése—, se erige como uno de los antagonistas más memorables y complejos jamás escritos, con una profundidad psicológica fascinante.

Publicado por primera vez en 1911, inmensamente popularizado más tarde, *Peter Pan* introdujo una serie de asuntos que conmueven profundamente a lectores y espectadores. La eterna juventud, la aventura, la venganza, el rechazo a la responsabilidad adulta son elementos que de principio a fin surcan la obra, invitando a los niños a soñar y a los adultos a reflexionar sobre el paso del tiempo y sus efectos en ellos mismos. En ese ámbito, la influencia de Peter Pan es dilatada, enorme. Su historia ha sido reinterpretada en innumerables formatos, desde adaptaciones

teatrales y musicales hasta películas y series animadas. La capacidad de la historia para evocar nostalgia y fantasía, su humor inteligente, incluso su objetiva crueldad, la ha convertido en una pieza clave, imprescindible, de la literatura universal.

Eternidad literaria aparte, debo confesar que de esta obra siento una predilección especial por el capitán Garfio, el principal antagonista, sujeto esencial para la comprensión general de *Peter Pan*, pues ofrece esa rica complejidad que trasciende la simple maldad. Garfio no es un villano unidimensional, sino todo lo contrario. Su carácter está lleno de matices que lo hacen singular y memorable. Al volver a leer esta deliciosa novela, sesenta años después de la primera vez, me asombra el efecto que vuelve a causar en mí, pues no la recordaba tan divertida, irónica y llena de ritmo. Jaime Garfio, ese villano magnífico, se espesa y se hace más complejo ahora, visto desde la perspectiva de mis años y mi trabajo como novelista, pues mi mirada ya nada inocente, de lector avezado, encuentra en él matices interesantísimos, insospechados, atemporales.

Con su obsesión por el tiempo y su búsqueda de venganza, Jaime Garfio —¡qué espléndido nombre, Dios mío, para un malo literario!— representa la inevitabilidad del envejecimiento y la pérdida. El personaje está marcado por su conflicto interno, simbolizado por el tictac del reloj del cocodrilo que lo persigue, recordándole a cada instante que su tiempo está contado. Esto contrasta con la luminosa inmortalidad de Peter Pan, intensificando el conflicto entre la juventud eterna y la realidad del envejecimiento, entre la irresponsabilidad heroica y la consciente villanía. La complejidad del capitán Garfio se trasluce en cada uno de sus actos y palabras; su odio mortal hacia Peter Pan no es

sólo una cuestión de rivalidad, sino que está arraigado en una profunda herida personal y una sensación de traición, y eso confiere a Garfio una asombrosa modernidad. El pirata perdió su mano en un enfrentamiento con Peter, lo que le suscita un odio desmedido. Su anhelo de venganza se convierte en una fuerza que lo consume, haciendo de él un personaje trágico en su obsesión, casi *melvilliano*, en la línea del gran y trágico vengador literario por excelencia que es el capitán Ahab de *Moby Dick*. Y adentrándonos un poco más en esa relectura actualizada, descubrimos que Garfio también representa una versión singular del liderazgo moderno. Mientras Peter Pan es un jefe natural, encantador, libre y sin ataduras, Garfio es un líder oscuro, tiránico y calculador. Libertad y creatividad del mando, en fin, frente al despotismo y la intransigencia.

Es inevitable regresar, aunque sea de modo breve, a la importante relación de esta historia con el cine. Con las adaptaciones cinematográficas, especialmente en la mejor de todas, la famosa versión animada de los estudios Disney de 1953, el capitán Garfio acabó convirtiéndose en un icono visual y emocional que trasciende fronteras. Su presencia en la pantalla se caracteriza, en todos los casos, por un diseño dramático y una personalidad dominante que lo convierte en un antagonista perfecto, inolvidable. La manera en que se le retrata en el cine resalta sus características más temibles, pero también su carácter sombrío y melancólico, ampliando su impacto en el público. No todos han leído *Peter Pan* —esta magnífica edición de Zenda-Edhasa pretende corregir eso—, pero pocos entre nosotros ignoran quién es el capitán Garfio.

Acabemos. *Peter Pan* fue y sigue siendo una obra fundamental de la literatura y el cine, no sólo por su celebra-

ción de la infancia y la fantasía, sino por la hondura inolvidable de sus personajes, y también por invitar a una reflexión sobre el tiempo, el crecimiento, la nostalgia y la naturaleza del poder. Esta obra, en mi opinión casi perfecta, demuestra que un delicioso cuento de hadas puede ser, también, una gran novela de aventuras. Las experiencias compartidas en Nunca Jamás, desde batallas con los piratas hasta exploraciones en la selva, refuerzan los lazos de amistad y odio entre personajes cuyo humorístico retrato a menudo nos arrebata. Las peripecias del travieso e irresponsable Peter Pan, de los hermanos Darling y de los Niños Perdidos, además de la luminosa presencia femenina —encarnación del amor más puro y leal de mujer— que es Campanilla, no sólo son ejemplos de coraje y lealtad, sino también de la fortaleza de los vínculos entre los seres humanos. J. M. Barrie explora de modo asombroso, como sin pretenderlo, esa rica complejidad y demuestra que, aunque la vida nos termina expulsando a todos de la isla de Nunca Jamás de manera irremediable, los sueños y la imaginación suponen nuestra mejor fuerza; tal vez la única que, de vez en cuando, aún nos hace volar. Porque, como señala el propio autor, también nosotros hemos estado en la isla de los Niños Perdidos; y, aunque ya nunca más podamos desembarcar allí, todavía oímos el murmullo de las olas.

CAPÍTULO 1

APARECE PETER

Todos los niños, excepto uno, crecen. Pronto descubren que habrán de crecer, y así fue como le sucedió a Wendy. Un día, cuando tenía dos años, andaba jugando por un jardín, cogió una flor y corrió hacia su madre. Supongo que debió de parecerle adorable, puesto que la señora Darling se llevó una mano al corazón y exclamó:

—¿Por qué no podrías quedarte así para siempre?

Esto fue todo lo que hablaron sobre el asunto, pero a partir de ese momento Wendy supo que crecería. Uno siempre lo sabe al cumplir dos años. Dos es el principio del fin.

Vivían en el número 14, y hasta la llegada de Wendy su madre fue la persona principal. Era una señora encantadora, con un carácter romántico y una dulce expresión burlona en los labios. Su carácter romántico era como esas cajitas, una dentro de otra, que nos llegan del misterioso Oriente y que a medida que uno las abre siempre aparece otra en el interior; y en sus labios, dulce y burlona, poseía un beso que Wendy jamás pudo obtener, a pesar de que ahí estaba, oculto en la comisura derecha.

Así fue como la conquistó el señor Darling: aquellos caballeros que fueron muchachos cuando ella era sólo una

niña descubrieron simultáneamente que la amaban, y todos se lanzaron a la carrera hacia su casa para declararse, excepto el señor Darling, que tomó un coche y así llegó el primero y la obtuvo. Lo obtuvo todo de ella, excepto aquella cajita que se ocultaba en lo más profundo de su interior y aquel beso. Nunca supo de la existencia de la cajita, y llegó un momento en el que renunció al beso. Wendy pensó que Napoleón sí lo hubiera conseguido, pero también cabe imaginar a éste fracasando en el intento y marchándose enfadado y dando un portazo.

El señor Darling acostumbraba alardear ante Wendy de que su madre no sólo lo amaba, sino que lo respetaba. Era una de esas personas insondables que saben de acciones y valores. Claro está que en el fondo nadie sabe de eso, pero él parecía que sí sabía, y a menudo decía que las acciones subían y los valores bajaban con tal convencimiento que hubiera despertado el respeto de cualquier mujer.

La señora Darling se casó de blanco, y al principio llevó las cuentas perfectamente, casi dando muestras de júbilo, como si se tratara de un juego, sin olvidar ni una col de Bruselas; pero poco a poco comenzó a olvidar incluso coliflores y en su lugar aparecieron dibujos de niños sin rostro, que dibujaba mientras hubiera debido ocuparse de las cuentas. Eran las conjeturas de la señora Darling.

Wendy fue la primera en llegar, luego John y luego Michael.

Durante una o dos semanas después de la llegada de Wendy, tuvieron dudas sobre si podrían mantenerla, pues se trataba de otra boca que alimentar. El señor Darling estaba muy orgulloso de la niña, pero era muy honrado y se sentó en un extremo de la cama de la señora Darling sosteniéndole la mano mientras calculaba los gastos

y ella le imploraba con la mirada. A ella no le importaba arriesgarse, pasara lo que pasara, pero ése no era el estilo de él; su estilo consistía en tomar lápiz y papel, y si ella lo despistaba con sugerencias, se veía obligado a comenzar de nuevo.

—Ahora no me interrumpas —suplicó él—. Aquí tengo una libra y diecisiete chelines, y dos libras y seis chelines en la oficina; podría prescindir del café en la oficina, digamos unos diez chelines, lo que hace dos libras, nueve chelines y seis peniques, que con tus dieciocho chelines y tres peniques hacen tres libras, nueve chelines y siete peniques, con las cinco, más o menos, de mi cuenta hacen ocho libras, nueve chelines y siete peniques..., pero ¿quién se mueve...? Ocho, nueve y siete, y llevo siete... No me hables ahora, querida... Y la libra que le prestaste a aquel hombre que llamó a nuestra puerta... Quieta, niña... Y llevo niña... ¡Ya está, ya lo habéis conseguido! ¿Qué estaba diciendo, nueve, nueve y siete? Sí, he dicho nueve, nueve y siete..., y la pregunta es: ¿podemos intentarlo durante un año con nueve libras, nueve chelines y siete peniques?

—¡Claro que podemos, George! —exclamó, pues ya había tomado partido en favor de Wendy y además era ella quien tenía el carácter más fuerte.

—Y piensa en las paperas —advirtió él, casi amenazador, antes de lanzarse de nuevo a sus cuentas—; una libra para las paperas, eso es lo que he previsto, pero casi diría que puede ser un poco más, unos treinta chelines... No, no digas nada..., el sarampión, una libra y cinco chelines; la rubéola, media guinea, y eso hacen dos, quince, seis... No menees el dedo... Pongamos quince chelines para la tos ferina... —Y así prosiguió, obteniendo sumas diferentes cada vez, pero finalmente Wendy salió adelante, las paperas

sólo costaron doce chelines y seis peniques, y el sarampión y la rubeola se curaron con un solo tratamiento.

Con la llegada de John se produjo la misma excitación, y Michael se libró por los pelos, pero por fin se quedaron con los tres, y pronto pudo vérselos andando en fila hacia el parvulario de la señorita Fulsom acompañados por su niñera.

A la señora Darling le gustaba tener todo como es debido, y el señor Darling sentía verdadera pasión por ser igual que sus vecinos, así que tenían una niñera. Como eran pobres, y a la vista de la cantidad de leche que los niños bebían, su niñera era una remilgada perra de Terranova llamada Nana que no había tenido propietarios conocidos hasta que los Darling la contrataron. Sin embargo, Nana siempre había prestado gran atención a los niños, y los Darling entablaron relación con ella en los jardines de Kensington, donde pasaba buena parte de su tiempo libre husmeando los cochecitos y donde había despertado las iras de las niñeras descuidadas a las que seguía hasta sus hogares para quejarse ante sus señoras. Con el tiempo demostró que como niñera era un auténtico tesoro. Era muy meticulosa a la hora del baño, así como en cualquier momento de la noche si oía el más mínimo llanto de alguna de las criaturas. Naturalmente, su perrera se hallaba en el dormitorio de los niños. Tenía verdadero talento para discernir cuándo una tos era simplemente desesperante o cuándo requería una bufanda alrededor del cuello. Creía a pie juntillas en remedios de la abuela como las hojas de ruibarbo y emitía sonidos despreciativos al oír las habladurías que estaban tan de moda acerca de los gérmenes. Verla acompañar a los chavales a la escuela, caminando apaciblemente a su lado cuando se comportaban como es debido o ponién-

doles de nuevo en fila a cabezazos cuando se dispersaban, constituía una auténtica lección. Los días que John jugaba al fútbol jamás olvidaba su suéter, y acostumbraba a acarrear un paraguas en la boca por si llovía. En el sótano de la escuela de la señorita Fulsom había una sala en la que las niñeras esperaban sentadas en bancos, y Nana yacía en el suelo, pero ésa era la única diferencia. Aparentaban no hacer caso de ella, como si fuera de un rango social inferior al suyo, y ella desdeñaba su charla intrascendente. Tomaba a mal las visitas de las amistades de la señora Darling al cuarto de los niños, pero en esas ocasiones le cambiaba en un santiamén el delantal a Michael y lo vestía con unos galones azules, le arreglaba las ropas a Wendy y peinaba a John.

Nadie podría ocuparse mejor de los niños, y el señor Darling era consciente de ello, aunque a veces le preocupaban las habladurías de los vecinos.

Debía tener en cuenta su posición en el mundo financiero.

La presencia de Nana también le producía cierta desazón, pues en algunas ocasiones tenía el presentimiento de que no lo admiraba.

—Estoy segura de que te admira muchísimo, George —le había dicho la señora Darling, antes de dirigirse a sus hijos para pedirles que fueran amables y gentiles con su padre. Y a ello seguían alegres danzas a las que a veces se permitía que se uniera Liza, la única sirvienta. Vestida con una falda larga y tocada con su cofia de criada, parecía una enanita, a pesar de que cuando la contrataron juró que no se comportaría como una chiquilla. ¡Qué alegres eran esos juegos! Y de todos ellos la más alegre era la señora Darling, que hacía piruetas a tal velocidad que lo único que se conseguía ver de ella era aquel beso, y, si en ese momen-

to se la hubiera podido atrapar, quizás hubiera sido posible obtenerlo.

Jamás hubo una familia tan feliz, hasta la llegada de Peter Pan.

La señora Darling oyó hablar de Peter cuando trataba de poner orden en las mentes de sus hijos. Toda buena madre tiene por costumbre, de noche, cuando sus hijos ya duermen, revolver en sus mentes para dejarlo todo en orden y dispuesto para el día siguiente, colocando en el lugar apropiado aquellas cosas que han ido dando tumbos durante toda la jornada. Si pudieras mantenerte despierto —pero está claro que eso es imposible—, podrías ver a tu propia madre ocupada en ese quehacer, y sería muy interesante observarla. Es algo parecido a ordenar cajones. La verías arrodillada, me imagino, entreteniéndose divertida con algunos de tus contenidos, preguntándose dónde demonios has podido encontrar semejante cosa, descubriendo cosas a la mar de monas y otras mucho menos, llevándose algunas contra su mejilla como si fueran dulces gatitos, y apartando otras horrorizada de su vista. Al despertar por la mañana, las maldades y las pasiones malignas con las que te acostaste están bien dobladas y guardadas en el fondo de tu mente; y, en la parte superior, bien aireados, están dispuestos tus pensamientos más hermosos, preparados para ponértelos.

No sé si en alguna ocasión has visto el mapa de la mente de una persona. A veces los médicos dibujan mapas de otras partes de tu cuerpo, y tu propio mapa puede ser de lo más interesante, pero a ver si los pillas intentando dibujar el mapa de la mente de un niño, que no sólo es de lo más confusa, sino que no hace más que dar vueltas y más vueltas. En él aparecen líneas en zigzag, como las de

un gráfico de la temperatura, y eso son probablemente los caminos de la isla, puesto que el país de Nunca Jamás siempre tiene más o menos la forma de una isla, con manchas de colores aquí y allá, y arrecifes de coral y un barco que, por la perspectiva, parece que tiene los palos inclinados, y salvajes y solitarias guaridas, y gnomos que en su mayoría son sastres, y cuevas por las que fluye un río, y príncipes con seis hermanos mayores, y una cabaña que se cae a pedazos y una viejecita diminuta con una nariz ganchuda. Si sólo hubiera todo esto, sería un mapa relativamente sencillo, pero ahí también figuran el primer día de clase, la religión, los padres, el estanque, la labor de punto, los asesinatos, los ahorcamientos, los verbos que rigen el dativo, el día del pastel de chocolate, los primeros tirantes, di treinta y tres, te doy propina si te arrancas el diente tú solito, y más... Y todo ello forma parte del mapa de la isla o constituye otro mapa que se transparenta, y todo es muy confuso, sobre todo porque nada está quieto.

Naturalmente, hay muchos Nunca Jamás muy diferentes. El de John, por ejemplo, tenía un lago sobre el que volaban flamencos y a los que John trataba de dar caza, mientras que Michael, que era muy pequeño, tenía un flamenco con lagos que volaban sobre él. John vivía en un barco vuelto del revés sobre la arena; Michael, en un tipi como el de los pieles rojas, y Wendy, en una casa de hojas hábilmente entretejidas. John no tenía amigos, Michael tenía amigos sólo por la noche, y Wendy contaba por mascota con un dócil lobezno abandonado por sus padres. Pero, en conjunto, los Nunca Jamás tenían un aire de familia. Si se hubiera podido colocarlos uno junto a otro, se habría podido decir: pues mira, tienen la misma nariz, y

cosas semejantes. Cuando los niños juegan, varan siempre sus embarcaciones en esas playas. También nosotros hemos estado allí y, aunque ya nunca más podremos desembarcar de nuevo, aún oímos el murmullo de las olas.

De todas las islas deliciosas, Nunca Jamás es la que está más al abrigo y la más compacta; no es ancha y extensa, con tediosas distancias que separan una aventura de la siguiente, sino que está generosamente recubierta de todo lo mejor. Durante el día, cuando juegas a que las sillas y el mantel son la isla, no da ningún miedo, pero durante esos dos minutos justo antes de dormirte se vuelve casi real. Por esa razón existen lamparillas de noche.

De vez en cuando, durante sus viajes a través de las mentes de sus hijos, la señora Darling encontraba cosas que no podía comprender, y de todas ellas, la que mayor perplejidad le causó fue la palabra «Peter». No sabía de la existencia de ningún Peter y, sin embargo, ahí estaba, aquí y allá, en las mentes de John y de Michael, y literalmente cubría por entero la de Wendy. El nombre resaltaba en letras más vistosas que las de cualquier otra palabra y, mientras la señora Darling lo observaba, le pareció que su apariencia era algo presuntuosa.

—Sí, es un poco presuntuoso —admitió Wendy con pesar. Su madre la había estado interrogando.

—Pero ¿quién es, bonita?

—Pues Peter Pan, mamá.

Al principio, la señora Darling no cayó en la cuenta, pero al venirle a la mente su infancia recordó de repente a un Peter Pan del que se decía que vivía con las hadas. Sobre él circulaban extrañas historias, como aquella que decía que, al morir los niños, los acompañaba durante un trecho del camino para que no tuvieran miedo. En aque-

llos años creyó en él, pero, una vez casada y convertida en una mujer cabal, dudaba de la existencia de tal personaje.

—Además —le dijo a Wendy—, ahora ya debe de haber crecido.

—No, no ha crecido —le aseguró Wendy confidencialmente—, y es de mi misma estatura. —Con ello quería decir que era de su misma altura física y mental; no sabía por qué lo sabía, simplemente lo sabía.

La señora Darling consultó al señor Darling, y éste le dirigió una sonrisa con la que quitó hierro al asunto.

—Mira lo que te digo —dijo—, que todo eso son tonterías que Nana les ha metido en la cabeza, una sarta de ideas perrunas. Déjalo, y ya se les pasará.

Pero no se les pasó, y al cabo de poco tiempo el importuno muchacho produjo un gran sobresalto a la señora Darling.

Los chiquillos viven las más extrañas aventuras sin que ello les preocupe. Por ejemplo, una semana después de tener lugar los hechos, quizá se les puede ocurrir mencionar que paseando por el bosque se encontraron con su padre difunto y estuvieron jugando con él. Así, de esta manera, Wendy hizo una inquietante revelación. Habían aparecido en el suelo del cuarto de los niños algunas hojas de árbol, que a buen seguro no estaban allí al acostarse, y la señora Darling se interrogaba sobre la cuestión cuando Wendy dijo, con una sonrisa que expresaba cierta tolerancia:

—Creo que ha sido otra vez Peter.

—¿Qué quieres decir con eso, Wendy?

—Ha hecho muy mal en no barrerlas —dijo Wendy, y suspiró. Era una niña muy pulcra.

Explicó con tonillo de suposición que creía que a veces Peter entraba en el cuarto durante la noche, se sentaba

a los pies de su cama y tocaba la flauta para ella. Desafortunadamente, ella nunca se había despertado, así que no sabía por qué lo sabía; simplemente, lo sabía.

—No digas bobadas, preciosa. Nadie puede entrar en la casa sin llamar a la puerta.

—Me parece que entra por la ventana —dijo ella.

—Bonita, ¡pero si es un tercer piso!

—¿Acaso las hojas no estaban al pie de la ventana, mamá?

Era verdad; hallaron las hojas muy cerca de la ventana.

La señora Darling no sabía qué pensar y, puesto que a Wendy todo le parecía tan natural, no podía decirle simplemente que había estado soñando.

—Hija mía —dijo la madre—, ¿por qué no me lo has contado antes?

—Se me olvidó —respondió Wendy, rauda. Tenía prisa por tomar su desayuno.

Bueno, probablemente habría estado soñando.

Pero, por otro lado, ahí estaban las hojas. La señora Darling las examinó atentamente. Eran hojas secas, pero estaba segura de que no procedían de ningún árbol que creciera en Inglaterra. Se arrastró por el suelo, provista de una vela, en busca de las huellas de algún pie extraño. Sondeó la chimenea con el atizador y golpeó las paredes. Desde la ventana dejó caer una cinta hasta la acera y comprobó que había una distancia de unos diez metros y que ni siquiera había una cañería por la que se pudiera trepar.

Seguro que Wendy había estado soñando.

Pero Wendy no había estado soñando, como se pudo comprobar la noche siguiente, la noche en que puede decirse que comenzaron las extraordinarias aventuras de esos niños.

Esa noche, los niños ya estaban en la cama. Nana tenía el día libre, y la señora Darling los había bañado y les

había estado cantando hasta que, uno a uno, soltaron su mano y se deslizaron en la tierra del sueño.

Parecían todos tan a salvo y tan a gusto que se sonrió al pensar en sus temores y se sentó a coser junto a la chimenea.

Cosía para Michael, que vestiría una camisa por su cumpleaños. El hogar desprendía un calor agradable y el cuarto estaba iluminado débilmente por las lamparillas, y la labor de costura de la señora Darling acabó reposando sobre su regazo. Ladeó la cabeza con gracia. Se había quedado dormida. Míralos a los cuatro, allá Wendy y Michael, allí John, y la señora Darling junto al hogar. Hubiera sido necesaria una cuarta lamparilla.

Mientras dormía, tuvo un sueño. Soñó que el país de Nunca Jamás se aproximaba hacia ella y que se le aparecía un extraño muchacho. No la asustó, pues creyó haberlo visto ya con anterioridad en los rostros de muchas mujeres que no tenían hijos, y quizá también se podía ver en los rostros de algunas madres. En su sueño, sin embargo, el muchacho rasgó el velo que oscurecía Nunca Jamás, y vio que Wendy, John y Michael se asomaban por aquella abertura.

El sueño en sí hubiera sido una nimiedad, pero mientras soñaba se abrió de golpe la ventana del cuarto de los niños y un muchacho saltó al suelo. Lo acompañaba una extraña luz, del tamaño de un puño, que saeteaba por la habitación como si tuviera vida propia, y creo que fue esa extraña luz la que despertó a la señora Darling.

Lanzó un grito, vio al muchacho, y de un modo u otro supo de repente que se trataba de Peter Pan. Si tú o yo o Wendy hubiésemos estado allí, habríamos visto que Peter se parecía al beso de la señora Darling. Era un muchacho

adorable, cubierto de hojas secas y de los jugos que rezuman de los árboles, pero el detalle más cautivador era que aún tenía los dientes de leche. Cuando descubrió que ella era una persona mayor, la miró e hizo rechinar aquellas pequeñas perlas.

CAPÍTULO 2

LA SOMBRA

La señora Darling gritó y, como si respondiera a un timbre, se abrió la puerta y entró Nana, de regreso de su día libre. Gruñó y se abalanzó sobre el muchacho, que de un brinco salió por la ventana. De nuevo gritó la señora Darling, esta vez preocupada por el muchacho, pues pensó que se habría matado, y corrió hacia la calle en busca de su cuerpecillo, pero no estaba allí; miró hacia lo alto, y en la noche oscura sólo pudo ver lo que creyó que era una estrella fugaz.

Regresó al cuarto de los niños y vio que Nana llevaba algo en la boca, que resultó ser la sombra del muchacho. Al saltar por la ventana, Nana se había abalanzado rauda sobre él sin llegar a alcanzarlo, pero su sombra no tuvo tiempo de escapar. La ventana se había cerrado de golpe y le había arrancado la sombra.

Puedes estar seguro de que la señora Darling examinó atentamente la sombra, pero ésta era de lo más corriente.

Nana no tenía duda alguna de qué era lo mejor que cabía hacer con la sombra. La colgó de la ventana, como si quisiera decir: «Seguro que regresará a por ella; dejémosla donde pueda recogerla fácilmente sin molestar a los niños».

Desgraciadamente, la señora Darling no podía dejarla colgando de la ventana, puesto que parecería que hubieran tendido la colada y eso iría en menoscabo del aspecto de la casa. Pensó en mostrársela al señor Darling, pero éste se hallaba echando cuentas para comprar abrigos a John y a Michael, con una toalla húmeda alrededor de la cabeza para tener la mente más clara, y no osó molestarlo; sabía además a ciencia cierta lo que le diría: «Todo esto es culpa del hecho de tener un perro por niñera».

Decidió enrollar la sombra y guardarla cuidadosamente en un cajón hasta que se presentara la ocasión de decírselo a su marido. ¡Ay...!

La ocasión se presentó una semana más tarde, aquel viernes que ya nunca podrían olvidar. Naturalmente, tenía que ser viernes.

—Hubiera debido ser especialmente cuidadosa puesto que era viernes —acostumbraría decirle posteriormente a su marido, mientras Nana, a su lado, le sostenía la mano.

—No, no —decía siempre el señor Darling—, yo soy el responsable de todo. Yo, George Darling, soy el culpable. *Mea culpa, mea culpa*. —Las lenguas clásicas habían formado parte de su educación.

Y así se sentaban noche tras noche para recordar aquel terrible viernes, hasta que cada detalle estuvo grabado en sus mentes y aparecía en el otro lado como los rostros en una moneda mal acuñada.

—Si no hubiera aceptado la invitación a cenar de los vecinos del número 27... —decía la señora Darling.

—Si no hubiera vertido el medicamento en el cuenco de Nana... —decía el señor Darling.

—Si hubiera aparentado que me gustaba esa medicina... —parecían decir los húmedos ojos de Nana.

—La culpa es de que me gusten tanto las fiestas, George.

—Mi fatídico sentido del humor, querida.

—Mi exceso de susceptibilidad, incluso por pequeñeces, queridos amos.

A continuación, uno de ellos, o más, se venía abajo. Nana pensaba entonces: «Es verdad, es verdad, no deberían haber tenido un perro por niñera». En muchas ocasiones era el propio señor Darling quien enjugaba con un pañuelo los ojos de Nana.

—¡Ese diablo! —exclamaba el señor Darling, y un ladrido de Nana se hacía eco de esas palabras, pero la señora Darling nunca reprendía a Peter; algo había en la comisura derecha de su boca que le impedía criticar a Peter.

Se sentaban en el vacío cuarto de los niños, rememorando hasta el último detalle de la espantosa noche. Comenzó de la manera más anodina, igual que cientos de otras noches, mientras Nana preparaba el agua para el baño de Michael y lo llevaba hasta allí a cuestras.

—¡No quiero ir a la cama! —protestó Michael, como quien cree que aún puede decir la última palabra sobre la cuestión—. ¡No quiero! ¡No quiero! Nana, aún no son las seis. ¡Guapa, guapa! ¡Ya no te querré, Nana! Te digo que no quiero bañarme, ¡no quiero y no quiero!

En aquel momento llegó la señora Darling, ataviada con su vestido de noche blanco. Se había vestido temprano porque a Wendy le encantaba verla con sus mejores galas y con el collar que George le había regalado. Lucía en su muñeca la pulsera de Wendy, a quien se la había pedido prestada. A Wendy le encantaba prestarle la pulsera a su madre.

Descubrió a sus dos hijos mayores mientras jugaban a ser ella y el padre cuando nació Wendy, y John decía:

—Me complace informarle, señora Darling, de que ya es usted madre. —Y lo decía exactamente con el mismo tono que el propio señor Darling hubiera podido emplear en tal ocasión.

Wendy comenzó a bailar alegremente, igual que hubiera hecho la verdadera señora Darling.

Y a continuación nació John, con el boato suplementario que atribuyó al nacimiento de un varón, y en esas apareció Michael, que salía del baño y reclamaba que él también quería nacer, pero John le respondió con brutalidad que no querían a nadie más.

Michael casi arrancó a llorar.

—¡Nadie me quiere! —exclamó, y naturalmente la dama vestida de noche no pudo soportarlo.

—Yo te quiero —dijo ella—, quiero un tercer hijo.

—¿Niño o niña? —preguntó Michael, sin demasiadas esperanzas.

—Niño.

Y Michael se lanzó a sus brazos. El señor y la señora Darling y Nana podrían haberlo recordado como una pequeña anécdota, pero ahora ya no era en absoluto insignificante, puesto que aquélla fue la última noche de Michael en el cuarto de los niños.

Los tres prosiguieron con sus recuerdos.

—Fue entonces cuando irrumpí como un tornado, ¿verdad? —dijo el señor Darling, despreciándose a sí mismo; y en verdad que hizo su entrada como un tornado.

Quizá contaba con una buena excusa. También él se había estado vistiendo para la fiesta, y todo se había desarrollado sin problema alguno hasta llegar a la corbata. Parece sorprendente tener que decirlo, pero este hombre, a pesar de ser un experto en acciones y valores, era incapaz

de hacerse el nudo de la corbata. En alguna ocasión, la corbata se le había rendido sin ofrecer resistencia, pero en otras hubiera sido mejor para toda la casa que se hubiera tragado su orgullo y hubiera usado una de esas corbatas ya anudadas.

Aquella fue una de esas ocasiones. Entró en tromba en el cuarto de los niños con la arrugada corbata formando un amasijo en la mano.

—¿Qué sucede, papá?

—¿Qué pasa? —aulló, realmente aulló—. ¡Esta corbata, que no hay quien la anude! —Se puso peligrosamente sarcástico—. ¡Alrededor de mi cuello, imposible! Alrededor del pie de la cama, sí, ahí sí, hasta veinte veces la he anudado alrededor del pie de la cama, pero no hay manera de anudármela alrededor del cuello. ¡Es imposible, cariño, y disculpa la súplica!

La pareció que la señora Darling no había quedado muy impresionada y prosiguió con severidad:

—Te lo advierto, mamá, si no me puedo anudar la corbata, no vamos a la cena, y si hoy no vamos a esa cena, no volveré a poner los pies en la oficina, y si no vuelvo a la oficina, tú y yo nos moriremos de hambre y nuestros hijos acabarán en la calle.

La señora Darling mantenía la calma.

—Déjame probar a mí, querido —dijo ella, y de hecho eso era lo que él había querido pedirle.

Con sus hermosas manos le anudó la corbata, mientras los niños aguardaban alrededor para ver qué les deparaba el destino. Cualquier hombre hubiera sabido apreciar la facilidad con que ella lo había hecho, pero el carácter del señor Darling era muy diferente; le dio las gracias despreocupadamente, pronto olvidó su enfado y al cabo es-

taba bailando tan campante por la habitación llevando a Michael a cuestas.

—¡Vaya discusión! —dijo entonces la señora Darling al recordar la escena.

—Nuestra última discusión —gimió el señor Darling.

—¡Ay, George! ¿Recuerdas qué me dijo Michael de repente? «¿Cómo me conociste, mamá?».

—Lo recuerdo.

—Eran tan dulces..., ¿verdad, George?

—Y eran nuestros, nuestros, y ahora se han ido.

La discusión acabó con la irrupción de Nana, y el señor Darling, con poca fortuna, se topó con la perra y los pantalones le quedaron cubiertos de pelos. No sólo eran unos pantalones nuevos, sino que además eran los primeros que había tenido con un galón, y tuvo que morderse el labio para evitar que se le cayeran las lágrimas. La señora Darling se los cepilló, pero él comenzó de nuevo a hablar sobre el gran error que era tener a un perro como niñera.

—George, Nana es un auténtico tesoro.

—No tengo la menor duda, pero a veces me entra la incómoda sensación de que cuida de ellos como si fueran cachorrillos.

—¡Oh, no, cariño! Estoy segura de que sabe que tienen alma.

—¡Quién sabe! —había dicho el señor Darling, reflexionando—. ¡Quién sabe!

Su esposa sintió entonces que quizás aquélla era la ocasión apropiada para hablarle acerca del muchacho. Al principio no le dio importancia a la historia, pero se puso pensativo cuando ella le mostró la sombra. «No lo conozco —había dicho, examinándola meticulosamente—, pero parece un sinvergüenza».